

El transhumanismo: una introducción.

Joan Albert Vicens

«Hombre hay que viste ayer, del que podría decirse con razón: ‘¿Quién es éste?’ Tal ha sido su mudanza».

(Séneca, Cartas a Lucilio)

En 1927, el biólogo Julian Huxley, director general de la UNESCO y fundador del Fondo Mundial para la Naturaleza escribía en su obra *Religion without revelation (alerta con el título!)*: «La especie humana puede, si lo desea, trascenderse a sí misma, no sólo esporádicamente, un individuo aquí de cierta manera, un individuo allí de otra, sino en su totalidad, como humanidad. Necesitamos un nombre para esta nueva creencia. Quizás transhumanismo servirá: el hombre permaneciendo hombre, pero trascendiéndose mediante la realización de nuevas posibilidades de y para su naturaleza humana»¹.

Este texto ha sido señalado como el estreno de la palabra «transhumanismo» para significar un proceso por el que, gracias a la ciencia y la tecnología, el ser humano accederá a nuevas posibilidades que mudarán significativamente su vida, hasta el punto de «trascenderse» a sí mismo. Huxley precisa que esto lo hará «permaneciendo hombre» y que

las posibilidades abiertas lo serán «para su naturaleza humana».



Joan Albert Vicens

Hoy, buena parte de los que se identifican como transhumanista hablan no simplemente de una potenciación de la naturaleza humana mediante la técnica para dotarla de mejores posibilidades (más inteligencia, más memoria, más salud, por ejemplo), sino de una transformación tan radical del hombre que lo que resultará ya no será humano sino «post-humano», es decir, una especie post-humana que mirará el hombre actual como algo ya superado. Se añade que en este futuro mundo posthumano acompañarán a la nueva especie humana otros seres inteligentes no humanos: inteligencias artificiales, robots, cyborgs o híbridos superiores de animales y humanos. El elenco de personajes siderales de Star Wars, que hace muchos años que estimula nuestra fantasía, pue-

¹ Citado por N. Bostrom, «Una historia del pensamiento transhumanista», *Argumentos de razón técnica*, 14 (2011), pp.164-165.

de haber prefigurado en las pantallas de cine el panorama de seres de carácter inteligente y personal que, según los más osados transhumanistas, poblarán nuestro planeta y colonizarán otros a partir de la segunda mitad del siglo XXI.

El profesor Luis Cordeiro, uno de los gurús del transhumanismo, fundador de la Singularity University², habla en una entrevista con Iñaki Gabilondo de un mundo posthumano donde las personas vivirán indefinidamente y la muerte será accidental u optativa, ya que las grandes enfermedades quedarán erradicadas, habremos desactivado los mecanismos del envejecimiento y tendremos en nuestras manos los de la felicidad. Dice que controlaremos a nuestro gusto nuestro genoma y el mejoraremos, que se podrá “subir” (*upload*) *nuestra conciencia entera a un ordenador donde se encarnará y sobrevivirá nuestro yo; ve posible la comunicación interpersonal inmediata entre cerebros prescindiendo del habla. Pronostica asimismo que hibridaremos nuestro cuerpo con todo tipo de dispositivos que aumentarán nuestras capacidades, que viviremos entre robots y éstos asumirán un papel social predominante, o que emigraremos a planetas lejanos para huir de una Tierra superpoblada. El progreso exponencial de la ciencia y la tecnología nos permite vislumbrar un fu-*

*turo de este estilo*³. Una denominación de este optimismo tecnológico que ha cuajado es *extropianismo* (*en oposición a “entropismo”*), *que viene a significar la convicción de que la ciencia y la técnica pondrán a nuestra disposición, en virtud de sus propias inercias, todos los progresos anunciados por Cordeiro. Las ciencias que ya protagonizan esta revolución son las reunidas bajo el acrónimo NBIC: la nanotecnología, la biotecnología, la informática y las ciencias cognitivas.*

*No faltan expertos que consideran que todas estas premoniciones son absolutamente gratuitas y exageradas*⁴. Los críticos del transhumanismo las juzgan «como una manifestación propagandística del optimismo tecnológico propio del sector científicista de la comunidad intelectual», «una maniobra de distracción ideológica orientada a obviar los verdaderos problemas del presente (desigualdad económica, deterioro medioambiental, expolio de recursos naturales, injusticia social, crímenes políticos, etc.) y disuadir de cualquier intento de enfrentarse a él»⁵. El imperativo de una reforma política y social profunda quedaría desplazado por la ilusión de una especie de «salvación por la ciencia y la técnica» de la que disfrutarán antes que nadie los privilegiados de nuestro mundo. La nueva utopía biocien-

² La Singularity University (<https://su.org/>) es un centro norteamericano de estudios e investigaciones inspirado por ideales transhumanistas, avalado i financiado per empresas i instituciones como Google, SAMSUNG, Deloitte o la NASA. El lema que preside su web es bastante significativo: “Be exponential”.

³ Se puede ver la entrevista citada de Iñaki Gabilondo a Luis Cordeiro en los siguientes enlaces en Youtube de la de la serie *Cuando ya no esté*: https://www.youtube.com/watch?v=nNR756j_Pso&t=125s; i <https://www.youtube.com/watch?v=Tu7P7J3rXtY&t=465s>.

⁴ Vg., per ejemplo, más adelante, el artículo de J. Reverter, “La nanotecnología en el posthumanismo”.

⁵ A. Diéguez, *Transhumanismo*, Barcelona, Herder, 2017, pp.48-49.

tífica sería el bálsamo que debería curarnos del fracaso de las utopías políticas del siglo XX.



Paco Pomet: Truce

Sin embargo, lo más relevante es que los pronósticos que apuntan a un futuro de ciencia ficción se inscriben en un proceso actual y real de innovación científica y tecnológica acelerada que ya está transformando radicalmente nuestras vidas y lo seguirá haciendo hasta el punto de forzar o hacer saltar las costuras de lo que hemos llamado «la naturaleza humana». Si resulta urgente reflexionar sobre los planteamientos transhumanista no es porque tengamos que creer a pie juntillas las profecías del profesor Cordeiro y los demás profetas del posthumanismo, sino porque el dinamismo descontrolado del progreso tecnológico nos está abriendo posibilidades que ponen en juego lo que el hombre es y los límites hasta ahora establecidos para nuestra especie: hoy ya es posible la selección y la alteración

de embriones con voluntad eugenésica, el cambio de sexo, la contención en algunos animales de los mecanismos del envejecimiento, la fabricación de genes susceptibles de ser insertados en células humanas para modificar sus funciones, la introducción de prótesis en el cuerpo humano para repararlo o para ampliar sus capacidades, la fabricación de tejidos y órganos a partir de células madre, el control de las emociones mediante fármacos, la delegación en ordenadores de decisiones personales, económicas o militares, etc.

El profesor de Oxford Stefan Savulescu enumera algunas mejoras alcanzadas en animales mediante la manipulación de los genes y del metabolismo que también se podrían trasladar a las personas: se puede multiplicar la resistencia al cansancio y la potencia atlética de los que llama «súper-ratones», y alargar su juventud, la etapa reproductiva y la duración de la vida. También se ha podido conseguir que algunos ratones tengan más memoria, o vean más colores, o dupliquen el tiempo medio de vida de la especie, o se vuelvan monógamos, o regeneren por sí mismos tejidos dañados, o queden protegidos contra la obesidad y la diabetes. Y es posible transferir genes de una especie a otra (podríamos tener pronto humanos con visión de halcón, por ejemplo), actuar sustancialmente sobre los mecanismos biológicos del amor, el miedo, el esfuerzo físico, el desarrollo muscular o la sexualidad.

Es evidente que la aplicación a la especie humana de todos estos avances desborda cualquier uso terapéutico y nos sitúa en el terreno de un «mejoramiento» [Enhancement] del ser humano que altera sustancialmente las condiciones de su existencia individual y social⁶: algunos aspectos principales de nuestra realidad que hasta ahora nos venían dados por la herencia biológica se convierten en objetos de diseño y elección. El hombre parece asumir el control de la evolución de su propia especie.

Conviene distinguir el nuevo transhumanismo tecnocientífico del posthumanismo cultural que ha inspirado en el siglo XX a pensadores como Foucault, Derrida o Deleuze y otros autores posmodernos, feministas, interculturalistas, etc. Para ellos, el humanismo occidental de raíz griega y cristiana, que exalta la dignidad del hombre sobre la base de su naturaleza inmutable, sufre de prejuicios naturalistas, metafísicos, religiosos, eurocéntricos, racistas y machistas que habría que remover para facilitar una aproximación más auténtica a los seres humanos concretos en su diversidad individual y cultural y en su libertad. La superación de este “viejo humanismo”, para la mayoría de aquellos autores, dependería de un cambio psicológico y cultural que habría que encomendar fundamentalmente a la educación, el arte y la política. Nietzsche ha sido citado como el profeta de este posthumanismo cultural contemporáneo.

Él apostaba por un cambio profundo en la actitud vital de las personas y una inversión de los valores griegos y cristianos que han limitado enfermizamente la voluntad de poder o la han canalizado contra la plenitud vital. El superhombre nietzscheano significa una existencia regida por valores “señoriales” y una voluntad de poder vitalista y ascendente. Una nueva forma de existencia personal debe sustituir a la anterior, que el superhombre juzgará como ridícula: «Yo os enseño el superhombre –leemos en *Así habló Zaratustra*–. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo? Todos los seres han creado hasta ahora algo por encima de ellos mismos: ¿Y deseáis ser vosotros el reflujo de esta gran marea y retroceder al animal antes que superar al hombre? ¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión o una vergüenza dolorosa»⁷.

A diferencia del posthumanismo cultural, que preconiza una revolución espiritual, el nuevo transhumanismo tecnocientífico habla de una mejora de la especie humana fundamentada en la ciencia y la técnica. También aspira ciertamente al progreso espiritual del hombre, intelectual y emocional, pero no lo hace depender de recursos culturales sino de recursos tecnológicos aplicados directamente sobre el cuerpo humano.

⁶ J. Savulescu, *Decisiones peligrosas. Una bioética desafiante*, Madrid: Tecnos, 2012, p. 251-255.

⁷ F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Prólogo 3.

El transhumanismo tecnocientífico sacude desde hace tiempo el debate científico, antropológico, ético y político sin constituir, sin embargo, una ideología o una corriente filosófica consistente. Se pueden señalar en él algunas corrientes y orientaciones principales.

Se acostumbra a distinguir entre un transhumanismo biotecnológico y un transhumanismo cibernético. El primero confía en la ingeniería genética y la nanotecnología aplicada a la medicina para vencer las enfermedades, mejorar nuestro genoma, controlar las emociones y tendencias psicológicas negativas, desarticular los mecanismos del envejecimiento y hacer posible a más largo plazo la muerte de la muerte. «La mejora humana mediante fármacos u otras intervenciones biológicas ya se está aconteciendo –dice Savulescu–. La mejora radical genética ha sido posible en otros animales y en principio es posible en los seres humanos. ¿Será el futuro mejor o simplemente estará libre de enfermedades? Necesitamos cambiar nuestro marco de referencia para pasar de la salud a la mejora de la vida. Lo que importa es cómo vivimos. La mejora genética nos puede ayudar en este aspecto. Creo que una de las características más admirables de los hombres es ser mejores. O, al menos, luchar por ser mejores. Tenemos que estar en este mundo para pasar un buen rato, no mucho rato»⁸.

El transhumanismo cibernético, en cambio, aspira a eliminar las barreras entre

hombres y máquinas. Habla de insertar en el cuerpo humano artefactos que amplíen enormemente nuestras capacidades, robotizando nuestro cuerpo (cyborgs), de crear robots que nos acompañen en la vida como lo hacen ahora las personas, de confiar la gestión de la sociedad humana a robots más inteligentes que nosotros, o de “subir” (upload) a las máquinas nuestro yo y nuestra conciencia, haciendo posible nuestra pervivencia indefinida en humanoides.

Señalemos dos conceptos recurrentes en el discurso de estos transhumanista: primeramente, la controvertida ley de Moore, según la cual la potencia de los microprocesadores se duplica cada 18-24 meses, facilitando el crecimiento exponencial de los recursos informáticos que son la base del futuro de ciencia-ficción que anuncia; y, en segundo lugar, la «Singularidad»: la génesis de una superinteligencia artificial que supere la inteligencia biológica y la llegue a gobernar. Esta Singularidad se hará patente en un superordenador que aprenderá solo, se perfeccionará a sí mismo y creará otros ordenadores inteligentes, incluso más que él. Este ordenador ultrainteligente sería capaz de superar el llamado test de Turing: si alguien bien preparado dialogara mediante una interfaz con él y otra persona, no podría saber quién es el ordenador y quién la persona.

El polémico ingeniero y activista transhumanista Ray Kurzweil pone en el evento de la Singularidad un salto evolutivo que liberará al hombre de la prisión biológi-

⁸ J. Savulescu, *op. cit.*, p. 290.

ca: «Nuestros cuerpos biológicos versión 1.0 son a la vez frágiles y están sujetos a infinidad de fallos, sin mencionar los molestos rituales de mantenimiento que requieren. Así, mientras que a veces la inteligencia humana es capaz de elevarse en creatividad y expresividad, en otras ocasiones el pensamiento humano es poco original, nimio y restringido. La Singularidad -profetiza Kurzweil- nos permitirá trascender esas limitaciones de nuestros cerebros y cuerpos biológicos. Aumentaremos el control sobre nuestros destinos, nuestra mortalidad estará en nuestras manos, podremos vivir tanto como queramos (que es un poco diferente de decir que viviremos siempre), comprenderemos completamente el pensamiento humano y expandiremos y aumentaremos enormemente su alcance. Como consecuencia, al final de este siglo, la parte no biológica de nuestra inteligencia será billones de billones de veces más poderosa que la débil inteligencia humana producto de la biología»⁹.

También hay dos variantes del transhumanismo tecnocientífico en cuanto al objetivo global y final de sus pretensiones. Existe un transhumanismo moderado que habla de mejorar y ampliar las capacidades que ya tenemos para convertirse a finales plenariamente humanos, pero sin desbordar lo que el hombre es fundamentalmente. Quiere personas más sanas, más inteligentes, más felices, más sabias, que vivan mejor de lo que nun-

ca nadie hubiera podido imaginar: estos objetivos no contradicen sino que consuman las aspiraciones de la humanidad a lo largo de los siglos. El citado Savulescu podría ser citado en esta línea. Aquí no se habla de superar el hombre sino de liberarlo de las privaciones (la enfermedad, la ignorancia, la infelicidad, la muerte forzosa) que la alejan del nivel vital que le correspondería idealmente. Este transhumanismo moderado no rompe aún, como lo hará el transhumanismo posthumanista, con la versión ilustrada del humanismo occidental, al contrario, pretende darle continuidad a la altura del siglo XXI. Deja el destino de la especie en manos de nuestra libertad iluminada por la razón; cree que la plenitud humana es algo que hay que alcanzar en este mundo terrenal y no en una vida ultraterrena; cuenta con la educación y la cultura como fuerzas de cambio pero confía sobre todo en el poder transformador de la ciencia y la técnica que también habían exaltado en la época moderna autores como Bacon, Descartes o el ilustrado Concorcet¹⁰.

En una posición más extrema, encontramos pues el transhumanismo radical que desemboca claramente en un posthumanismo tecnocientífico: no busca sólo mejorar el hombre sino trascenderlo; considera que nuestra especie está destinada a ser sustituida por otras especies inteligentes superiores a nosotros en un proceso evolutivo que ya no dependerá de la selección natural, sino de elecciones

⁹ R. Kurzweil, *La singularidad está cerca*, Lola Books, Berlín, 2012, p. 9.

¹⁰ Condorcet, *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Época décima, 1.799.

realizadas sobre la base de conocimientos científicos y tecnológicos. Este transhumanismo claramente posthumanista imagina un mundo poblado por híbridos, cyborgs, robots u otras especies que nos ganarán de lejos en capacidades. No habla sólo de aumentar las potencias humanas sino de canjear el hombre por otra cosa mejor, sin dar ningún valor normativo a una supuesta «naturaleza humana» ni pretender fundamentar en ella la dignidad del hombre. En esta línea, el filósofo Max More ha escrito: «Los transhumanista no ven la naturaleza humana como un fin en sí mismo, ni como perfecta, ni como poseedora de ningún derecho a nuestra lealtad. Al contrario, sólo es un punto en un camino evolutivo y podemos aprender a reconfigurarla de las formas que consideremos deseables y valiosas. Mediante la aplicación meditada y cuidadosa, pero también audaz, de la tecnología en nosotros mismos, podemos llegar a ser algo que ya no podemos describir adecuadamente como humano; podemos llegar a ser posthumanos»¹¹.

La distinción entre mejorar la *condición humana*, liberándonos del dolor y mejorando nuestra calidad de vida, o transformar la *naturaleza humana*, para alcanzar otras formas de existencia posthumanas, nos permite diferenciar aquel transhumanismo moderado de este más radical y aventurero. Ambos comparten, sin em-

bargo, la convicción de que para cada problema humano hay una solución técnica y sólo se trata de hallar-la. Este optimismo impenitente queda bien ilustrado en la siguiente confesión de Kurzweil: «Hasta el día de hoy sigo convencido de la certeza de esta filosofía: no importa el dilema al que nos enfrentamos (problemas de negocios, de salud, dificultades en nuestras relaciones, o los grandes retos científicos, sociales y culturales de nuestro tiempo): siempre hay una idea que nos puede hacer salir victoriosos. Y además esta idea puede ser hallada, y cuando la encontremos, tendremos que poner en práctica»¹².

Luc Ferry¹³ ha intentado dibujar el perfil ideológico en el que coincidiría hoy, según él, la mayoría de los transhumanista. Habla de un «tipo ideal de transhumanismo» cuyos principios serían: 1) una nueva eugenesia que confíe a la elección personal lo que la génesis humana ha dejado siempre al azar, de manera que se puedan reparar las injusticias que la naturaleza infringe los individuos; 2) la decisión de que el progreso humano no se base sólo en reformas políticas y sociales sino en el perfeccionamiento de nuestra constitución biológica, sin aceptar una concepción estrecha de lo que es «natural» en nuestra especie; 3) la búsqueda de una vida humana libre de la enfermedad, indefinida y, a la larga, libre de la muerte; 4) la confianza en que la ciencia y la técnica nos darán recursos para resolver

11 Citado en A. Diéguez, op. cit., p.33. Vale la pena comentar que el verdadero nombre de Max More era Max O'Connor, pero decidió cambiarse el apellido por expresar y recordarse a sí mismo la voluntad de mejora constante que, declaró, inspira su vida.

12 R. Kurzweil, op. cit., p. 2.

13 L. Ferry, *La revolución transhumanista*, Madrid, Alianza, 2016, p. 50-74.

los problemas humanos (solucionismo), insistiendo en que los riesgos de aquellas son menores que la permanencia de los problemas que hay que solucionar; 4) unos postulados materialistas y ateos: el hombre es pura corporalidad abordable desde las ciencias experimentales, no hay en nosotros nada trascendente a lo material y tratable experimentalmente; no hay un Dios que haya pensado y definido una esencia humana que preceda nuestra existencia: sólo hay individuos diversos, variables, existentes; 6) una ética utilitarista y libertaria: hay que respetar siempre la capacidad de elección de los individuos con el límite del principio del daño y del principio de utilidad: debemos evitar dañar a los demás y siempre hay que hacer lo que cause más bienestar individual y colectivo; 7) una mentalidad deconstruccionista que conduce al abandono del especifismo, el antropocentrismo, el eurocentrismo o la metafísica esencialista, en favor de la aceptación del carácter meramente histórico de la especie humana, la diversidad real de la humanidad, la diversidad de inteligencias ya existentes (los animales también son inteligentes en algún grado), la pluriculturalidad, la libertad individual, la crítica racional y el debate democrático como métodos para dilucidar las alternativas que la ciencia nos ofrece y para marcar límites al progreso tecnológico.

La Declaración Transhumanista de la World transhumanista Association, en su versión de 2009 (la primera data de 1998), firmada entre otros por los filósofos Nick

Bostrom y Max More, es un manifiesto de consenso entre los transhumanista, un documento de compromiso que aparenta más moderación y equilibrio que la tónica descrita por Ferry. Sus principios son los siguientes:



Paco Pomet: Nostalgia

«1) La humanidad se verá profundamente afectada por la ciencia y la tecnología en el futuro. Nos planteamos la posibilidad de ampliar el potencial humano [*broadening human potential*] superando el envejecimiento, las lagunas cognitivas, el sufrimiento involuntario y nuestro aislamiento en el planeta Tierra.

2) Pensamos que todavía no se ha realizado esencialmente el potencial de la humanidad [*we believe that Humanity's potential is still Mostly unrealized*]. Hay escenarios verosímiles que permitirían mejorar la condición humana de manera maravillosa y extremadamente interesante.

3) Reconocemos que la humanidad se enfrenta a riesgos graves, en particu-

lar los derivados del uso abusivo de las nuevas tecnologías. Se pueden dar situaciones que conduzcan a la pérdida de la mayor parte, o incluso de la totalidad de lo que consideramos valioso. Algunas de estas posibilidades son radicales, otras son más sutiles. Aunque todos los progresos suponen un cambio, no todos los cambios son un progreso.

4) El esfuerzo de investigación debe centrarse en la comprensión de estas perspectivas. Debemos debatir cuidadosamente sobre la mejor manera de reducir los riesgos y favorecer al mismo tiempo las aplicaciones beneficiosas. También necesitamos foros donde la gente pueda discutir de forma constructiva sobre lo que podría hacerse y un orden social donde se puedan implementar estas decisiones responsables.

5) La reducción de los riesgos existenciales [*reduction of existential risks*], el desarrollo de los medios para la preservación de la vida y la salud, la atenuación de los sufrimientos graves y la mejora de la previsión y de la sabiduría humana se deben considerar como prioridades urgentes y se tienen que financiar generosamente.

6) Las decisiones políticas deben estar guiadas por una perspectiva moral, responsable e inclusiva [*responsible and inclusive moral vision*], que se tome en serio tanto las ventajas como los riesgos, respetando la autonomía y los derechos individuales, mostrando solidaridad y preocupación por los intereses y la dignidad

de todas las personas de todo el mundo. También debemos tener en cuenta nuestras responsabilidades en relación con las generaciones futuras.

7) Defendemos el bienestar de todas las inteligencias, incluyendo las humanas y no humanas, los animales, las futuras inteligencias artificiales, las formas de vida modificadas y cualquier otra inteligencia que pueda nacer de los progresos tecnológicos y científicos.

8) Estamos a favor de permitir a las personas una amplia elección sobre la manera de hacer sus vidas [*how they enable their lives*]. Esto incluye el uso de técnicas desarrolladas para ayudar a la memoria, la concentración y la energía mental, terapias para prolongar la vida, tecnologías para la elección reproductiva, procedimientos de criogenización, y tecnologías para cualquier otra modificación y mejora humanas»¹⁴.

Bostrom y compañía prefieren hablar de la ampliación del potencial humano y de la mejora de la condición humana, sometida a privaciones, riesgos y amenazas. Nos dicen que el hombre no ha realizado todavía sus potencialidades y no se da por finiquitada la especie humana, aunque se valora positivamente la inserción de artefactos en el cuerpo humano y la aparición de nuevas inteligencias. La Declaración Transhu-

14 La versión original inglesa de la Declaración transhumanista que hemos transcrito aquí se puede consultar en: <http://humanityplus.org/philosophy/transhumanist-declaration/> La web <http://www.humanityplus.com/> es un lugar de referencia mundial en internet sobre transhumanismo.

manista reconoce que las nuevas tecnologías son ambiguas: atacan privaciones humanas evidentes y nos permiten encarar grandes amenazas, pero ellas mismas también representan enormes riesgos y amenazan lo que más queremos del ser humano. Se nos quiere hacer entender que la alternativa a una tecnología desbocada no es la renuncia al progreso sino la crítica, el debate y el control democrático del desarrollo tecnocientífico, por un lado, y, por el otro, la libre elección individual, sin imposiciones en ninguna dirección, entre las opciones que la ciencia ponga a cada momento a nuestra disposición.

Frente al transhumanismo como movimiento ideológico, moderado o no, se alzan los llamados «bioconservadores», para los que es inadmisibles abandonar el concepto de «naturaleza humana» como fundamento de la «dignidad humana», disipar la frontera entre ser humano y otras especies o máquinas inteligentes, y encomendar sólo a la libertad individual iluminada por los principios utilitaristas la aceptación o no de los nuevos avances tecnológicos. Para los bioconservadores, el organismo humano es un prodigio evolutivo muy bien ajustado que, a pesar de no ser perfecto, funciona satisfactoriamente: si lo alteramos sustancialmente se derrumbará su equilibrio y se deteriorarán sus funciones fundamentales; mataremos el «gusto» de la vida humana auténtica como se mata el sabor de la buena fruta a base de fertilizantes e insecticidas. Citemos al menos tres autores que representan bien estas posiciones.

El bioconservador Francis Fukuyama argumenta que la noción de naturaleza humana es la condición de posibilidad de la moral y la justicia; los derechos naturales del hombre se asientan sobre una esencia humana compartida igualmente por todos los hombres y mujeres que habitamos el planeta. Las decisiones individuales que permitirían alargar indefinidamente la vida tendrían consecuencias indeseables sobre las otras personas en un mundo superpoblado y con recursos limitados¹⁵.

Michael Sandel ve en el fondo del transhumanismo una voluntad prometeica de dominio absoluto del mundo y de nuestra propia vida que nos lleva a la desmesura, a sentimientos exacerbados de responsabilidad y de culpa y la desesperación. Como alternativa reivindica una ética de la gratuidad, de la aceptación del azar, la contingencia y el misterio del ser, de la humildad, la inocencia y la solidaridad¹⁶.

Vittorio Possenti denuncia el inhumanismo del transhumanismo: dice que éste ve el hombre únicamente como un animal listo, lo reduce a simple materia y objeto de las ciencias naturales, y lo encomienda a una irrefrenable autoconstrucción que obvia su naturaleza y su dignidad¹⁷.

Estas diatribas de los bioconservadores se deben cotejar con los argumentos

15 F. Fukuyama, *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

16 M. Sandel, *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*, Barcelona, Marbot, 2015.

17 V. Possenti, *La revolución biopolítica*, Madrid, Rialp, 2016.

contrarios de los transhumanista en un debate mucho más complejo que los diferentes artículos de esta revista desarrollan con más profundidad que lo que hemos hecho en estas páginas introductorias.



Paco Pomet

Los transhumanista se deben exponer a la crítica racional de sus propuestas de futuro y de los presupuestos que las inspiran. Los activistas de las nuevas tecnologías no pueden rehuir el diálogo contando con que juega a su favor la inercia alocada de la investigación y la innovación científicas, que nos acaban poniendo siempre ante hechos consumados en relación a los cuales el pensamiento crítico y la reflexión ética llegan tarde. No nos podemos ahorrar en ningún caso el debate sobre los criterios éticos con que se aplicarán las técnicas que van apareciendo día sí y día también.

Los contrarios al transhumanismo también deben aceptar que los progresos de las nuevas tecnologías nos conducen ineluctablemente a un escenario donde los seres humanos podremos apropiarnos de recursos tecnológicos que nos

permitirán combatir o prevenir enfermedades que rehuimos, disponer de ciertas capacidades que muchos deseáramos tener o liberarnos de limitaciones graves que nadie querría en sí mismo ni en sus hijos. Cuando estos beneficios resultan de la lotería de la herencia genética o de una acción terapéutica a posteriori, los bioconservadores no ponen dificultades, pero ahora están obligados a argumentar por qué no aceptan que dispongamos de ellas gracias a las nuevas tecnologías aplicadas a nuestro cuerpo. Negarse en redondo a toda posibilidad de mejoramiento, más allá de la reparación, no es realista y resulta artificioso tras una larga historia en la que la técnica ha ampliado nuestras capacidades con todo tipo de artilugios: de los zapatos al telescopio.

En el trasfondo del debate entre transhumanistas y bioconservadores hay una multitud de cuestiones en torno a la «naturaleza humana» y lo que este concepto pueda significar. ¿Hay que entenderla desde una concepción esencialista o puramente taxonómica? ¿Se trata de algo relativo a distintas etapas de la evolución o a varias interpretaciones culturales? ¿Podemos acordar sobre bases rigurosas unas notas principales sin las cuales un individuo ya no sería humano? ¿Desborda un individuo el ámbito de la humanidad sólo con poseer de manera extraordinaria unas características que todos nosotros tenemos en mayor o menor grado? ¿La modificación de una característica es suficiente para producir los cambios esenciales y benéficos que

supuestamente deberían producirse, visto que todas las notas humanas parecen formar una delicada y muy compleja estructura? ¿Se puede decir que se altera la naturaleza humana si sólo se modifican drásticamente unos cuantos individuos y no el conjunto de la población? ¿Tiene sentido hablar de una naturaleza humana estática cuando la especie humana se renueva con cada muerte y cada nacimiento? ¿No estaremos despreciando, cuando sobrevaloramos las biotecnologías, el potencial transformador del ser humano que aún tienen las medidas ambientales, educativas o políticas?

En cualquier caso, en la polémica transhumanista está en juego ciertamente lo que entendemos por salud, bienestar, felicidad y vida humana plena. Hay que volver a pensar cuáles son los presupuestos ideológicos, el trasfondo político y económico de este «perfeccionamiento» que muchos anhelan. ¿Qué tipo de vida nos ofrece el transhumanismo? ¿Qué haremos los humanos con las nuevas posibilidades conquistadas, si se confirman los pronósticos de los transhumanistas? ¿Qué ganaremos con ellas, en realidad? ¿Qué podemos acabar perdiendo, mientras creemos ingenuamente que lo ganaremos todo? ¿Qué forma de vida personal representan los cyborgs, los robots, los hombres injertados de genética animal y de nanorobots? ¿Cómo acomodaremos a estas nuevas criaturas inteligentes en la nuestra vida personal y social? No deja de ser paradójico, por otro lado, que mientras se invierten miles de millones de

dólares en hacer posible el advenimiento de un mundo posthumano que, de momento, promete ser jauja para a unos cuantos, una parte considerable de la humanidad ni siquiera ha alcanzado una existencia mínimamente humana, sumida como está en la miseria, el hambre y la violencia crónicas.

Estamos obligados sin duda a repensar a la altura del siglo XXI qué significa ser persona, cuáles son las condiciones básicas de la vida personal, que le debemos a cualquier ser humano, dónde radica su verdadero valor y su dignidad. Debemos valorar si hacemos frente a nuestra existencia como algo que podemos configurar a nuestro capricho, o bien como el evento de nuestra finitud abierta e inquieta: una vida insertada en el umbral donde se unen, en una mixtura intrínsecamente humana, el dolor y la queja, la felicidad y el deseo, la alegría y la frustración, el amor propio y el amor a los demás, la concentración en nosotros mismos y la solidaridad, el conocimiento y el anhelo de saber, lo real y lo irreal, el reposo y la desazón, la finitud y la trascendencia, la vida y la muerte...

El texto de Séneca que encabeza este artículo, que alude al ethos cambiante de la gente, lo podemos referir también propiamente al ser humano, que no deja nunca de sorprenderse a sí mismo: «¿Quién es éste? Tal ha sido su mudanza», se preguntaría desconcertado cualquiera de nosotros si llegara a conocer a quienes, según los transhumanistas, nos

sustituirán en nuestro planeta los siglos venideros. ¿Quién soy yo? ¿Quiénes somos nosotros, los humanos?, habrá que preguntarse hoy de nuevo si queremos discernir la mejor manera de enfrentarnos al paroxismo tecnológico en el que estamos inmersos.

Sabadell, octubre de 2017